

## PARA PROFUNDIZAR MÁS EN JUAN 2, 13-25

- 1. Contexto histórico: los sacrificios en el Templo.** Los judíos tenían como costumbre llevar sus ofrendas al templo. Por eso, con motivo de la fiesta, y para atender a las necesidades de los peregrinos, se organizaba en torno al templo, en el atrio de los gentiles, un gran mercado que ofrecía todo lo necesario para las ofrendas y sacrificios. La presencia de los cambistas era necesaria ya que las ofrendas debían hacerse en moneda judía, para evitar las imágenes del emperador o de los dioses paganos que figuraban en otras clases de monedas. Era todo un negocio, sobre todo para la clase sacerdotal. Pero los más pudientes compraban ovejas o bueyes, y los más pobres adquirían palomas, haciéndose así una diferencia entre las mismas personas y en su relación con Dios. El gesto de Jesús es interpretado como una acción profética en la tradición sinóptica, que cita a Isaías (Is 56,7) y a Jeremías (Jr 7,11). El texto de Juan cita a Zacarías (Zac 14,21), que hace referencia a la llegada del Mesías. Es la gran enseñanza que ofrece el evangelio de Juan: Jesús inaugura un tiempo nuevo en el campo de las relaciones del ser humano con Dios y de los seres humanos entre sí. Por eso, no podía permitir que se siguiera utilizando la religión y las ofrendas al templo para justificar diferencias y desigualdades.
- 2. Los signos en el Evangelio de Juan.** Las sanaciones y otras acciones extraordinarias de Jesús que los evangelios sinópticos (Marcos, Mateo y Lucas) llaman milagros o prodigios, Juan los llama signos. En cuanto que son signos señalan algo que va más allá de la acción que se ve. Ellos revelan el misterio de Jesús. Así, por ejemplo, la curación del ciego de nacimiento revela a Jesús como luz del mundo (8,12; 9,1-41); la resurrección de Lázaro revela que Jesús es la resurrección y la vida (11,1-45). En nuestra narración "*los Judíos*" le piden a Jesús un signo en el sentido de una prueba, que legitime sus palabras y acciones. Pero en el cuarto evangelio, Jesús no obra signos como pruebas que garanticen la fe porque una fe basada en los signos no es suficiente. Es sólo una fe inicial que puede conducir a la verdadera fe (20,30-31), pero que también puede no tener éxito (6,26). El evangelio de Juan nos pide que vayamos más allá de los signos, que no nos quedemos en lo maravilloso, sino que -descubriendo el fondo de los signos- sepamos acoger a Jesús mismo, su persona y su mensaje. Los milagros-signos que hace Jesús carecen de importancia si no llevan a la fe. Si el entusiasmo originado por Jesús no lleva a la fe verdadera, a la que se apoya en su palabra, es como rocío mañanero, no sirve de nada.
- 3. U n Templo Nuevo:** "*Derriben este santuario y en tres días lo levantaré*", dijo Jesús refiriéndose al "*santuario de su cuerpo*". Jesús resucitado reemplaza al templo antiguo, que era la institución más significativa de Israel, y Él mismo se convierte en el Nuevo Templo, en el lugar para el encuentro con Dios. Para quienes ven en Jesús el nuevo templo donde habita Dios, todo es diferente. Para encontrarse con Dios, no basta entrar en una iglesia. Es necesario acercarse a Jesús, entrar en su proyecto, seguir sus pasos, vivir con su espíritu. En este nuevo templo que es Jesús, para adorar a Dios no basta el incienso, las aclamaciones ni las liturgias solemnes. Los verdaderos adoradores son aquellos que viven ante Dios *«en espíritu y en verdad»*. La verdadera adoración consiste en vivir con el *«Espíritu»* de Jesús en la *«Verdad»* del Evangelio. Sin esto, el culto es *«adoración vacía»*. Las puertas de este nuevo templo que es Jesús están abiertas a todos. Nadie está excluido. Pueden entrar en él los pecadores, los impuros e, incluso, los paganos. El Dios que habita en Jesús es de todos y para todos. En este templo no se hace discriminación alguna. No hay espacios diferentes para hombres y para mujeres. En Cristo ya *«no hay varón y mujer»*. No hay razas elegidas ni pueblos excluidos. Los únicos preferidos son los necesitados de amor y de vida. Necesitamos iglesias y templos para celebrar a Jesús como Señor, pero él es nuestro verdadero templo. Y el templo que Dios quiere que cuidemos más es sobre todo las personas, porque Dios habita en cada uno de ellos, especialmente a los más necesitados y pobres, a los más débiles y enfermos, a los marginados y despreciados. Cada uno de nosotros somos templo vivo de Dios.